



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I

EL POETA EMIGRA

(Para La Nación)

SALAMANCA, febrero de 1908.

Cuando aparezcan en las columnas de LA NACION estas líneas estará ya probablemente en ese Buenos Aires el poeta murciano Vicente Medina. Al frente del ejemplar que me dedica de su última obra «Poesía» — recopilación escogida de sus obras poéticas — ha escrito estas líneas después de la dedicatoria: «Correspondencia: Buenos Aires, lista de correos. Me voy á América, querido amigo... ¡siento ansias de renovación!»

Y después de haber leído estas líneas que parecen de animación y esperanza, siendo, en el fondo, de una gran melancolía, me acordé de aquellos dos versos finales de una de sus más hermosas poesías: «Murrias, aquellos versos que dicen:

¡que me abrigue mi cuerpo mi tierra!
¡mi tierra del alma!!

Y este hombre se va, se va tal vez para siempre, se va para que acaso abrigue un día su cuerpo una tierra que hoy le es extraña.

Vicente Medina se dió á conocer hace unos diez años en un tomito de la «Biblioteca Mignou», que contenía trece poesías cortas, «trece suspiros» como dijo Clarín. «El arte divino —añadía éste— reservado á tan pocos, de transparentar el dolor real en poesía inspirada, breve, natural, sencilla; con la retórica eterna que sólo conocen los que saben demostrar la sinceridad absoluta de una manera evidentes.

El nombre de Medina se hizo al punto conocidísimo entre los que por cosas de poesía aquí se interesan. ¿Popular? No hay hoy poeta alguno verdaderamente popular, ni puede haberlo. Para bien de la poesía.

Y Medina es un poeta, no un artista tan sólo. Porque los más de los que como poetas pasan en España y en América —y más aun en América que en España— suelen ser á lo sumo artistas, pero poetas no. Todo lo suyo va por fuera, todo lo suyo es meramente formal, ya de la forma más superficial —la del lenguaje— ya de forma algo más interior, aunque no mucho, de sensación, de visión de detalle. Sus composiciones llamadas poéticas tienen dermis y epidermis y encima de ésta aceites y ungüentos y cosméticos, pero no tienen carne caliente ni debajo de ésta hueso.

Suelo dividir las tales composiciones literarias en verso en dos clases: la de las esquiladas y la de las muchalinosas. Unas veces, en efecto, se ve el hueso abstracto, conceptual, rígido, mal recubierto con una piel y otras veces se adivina que no hay hueso alguno, que no hay esqueleto, bajo la carne. Unas pecan por demasiado esquiladas y otras por demasiado gaseosas. Y rara vez se encuentra el cristal musical que dice Guerra Junqueiro debe de ser la poesía.

Por supuesto que esos meros artifices acostumbran tomar por abstracto y puramente conceptual lo que es algo más que sensación. En cuanto algo les levanta dolor de cabeza ó no alcanzan á sentirlo declarando filosofía. Para los tales lo más de la Divina Comedia, casi todo Leopardi, Goethe, Browning, etc., etc., tiene que ser filosofía.

La musa de Medina no es, ciertamente, una musa de alto vuelo. Le falta «convergadura». Cuando pretende cernirse en ciertas alturas trascendentales se siente lo fatigoso y lo roto de su volar. Pero en cambio cuando se lanza á vuelos cortos y rápidos, cerca del suelo y á la vista del nido, cantando entretanto, es una delicia.

Como es deca, Medina acaba de publicar, como despedida de su patria, en un solo tomo sus poesías escogidas. Aquí están sus «aires murcianos» escritos en el habla regional de Murcia, en una especie de subdialecto, con ligeras variantes respecto á la lengua común española, variantes cuya diferencia es poco más ó menos como la de las variantes de los tan cacareados idiomas nacionales hispanoamericanos.

De estos «aires murcianos» se han hecho en España famosísimos, realmente clásicos dos, y son «Murrias» y «Cansera», sin que esto quiera decir que no haya otros que tal vez los superen. Son dos composiciones que pasarán á las antologías.

¡Llévate esa copa,
no me des más agua!...
Pa apagar la sed que tengo
me tenías que dar una jarra
de aquellas tan limbias
que están corcadas debajo de las parras...
de aquellas tan frescas
que gótica á gótica fresmanan!...

¿Qué dirá ahora Medina al beber el agua de esa hospitalaria tierra argentina? ¿qué dirá al beber el agua que espera sea de renovación?

Los últimos versos de «Cansera» son tan definitivos, tan hondamente dolorosos, tan íntimos como los últimos de «Murrias».

No te canses que no me renuevo;
anda tú si quieres, y éjame que duerma,
¡á ver si es pa siempre!... ¡Si no me es!
¡pertana!...
¡Tengo una cansera!...
Ha tiempo que me espera

La cansera: la cansera de vivir y luchar en España, guitarra al hombro y pluma de forzado del escritorio mercantil en la mano, esa terrible cansera ha llevado á Medina á Buenos Aires.

Los aires murcianos es lo que sobre todo dió fama á Medina, pero yo prefiero tal vez otras cosas suyas, sin ese tonillo algo regaloso y dulzón del habla murciana. Por ejemplo, aquella hermosísima poesía «Mi reina de la fiesta», que es un regalo de intimidad de sentimiento.

Yo también tengo amores, pero los tengo lejos...
tan lejos que no aguardo que ya á mi lado
[vuelvan...]
Se fueron una tarde de otoño en que las hojas
de los alisos átemos se secaban secas...
¡Se fueron una tarde,
con su mirada tieta, con su mirada tierna!...
Se fueron y me aguardan...
Ha tiempo que me espera
¡durmiento eternamente
debajo de unas flores, mi reina de la fiesta!





Y estas flores bajo las cuales esa reina duerme, florecen tan lejos de esa tierra americana á que el poeta emigra! Pero hay en todas partes flores y á todas partes van tras de aquellos que los amaron, las almas de nuestros muertos.

Y qué voy acaso á ir recorriendo el tomo entero? No acabaría de citar.

Y junto á esos suspiros musicales, envueltos en aroma de hogar, en perfume doméstico, tenéis las «Rebeldeas». Este hombre todo dulzura, todo ternura, todo melancolía, lleva un rebeldía dentro. Es natural. No sé bien por qué Medina inserta delante de estas poesías unas líneas en prosa en que parece querer sincerarse de haberlas compuesto.

Y es este fondo de rebeldía es su amor infinito á la verdad y á la justicia lo que ha sacudido su cansera y su murria y vencióndotas le ha lanzado, con ansias de renovación, á un nuevo mundo. Ese nue-

vo mundo, esa América de promisión, ¿hará de Medina un nuevo poeta? Dios lo quiera.

José María Gabriel y Galán, mucho más influido por Medina de lo que muchos creen, pensaba mucho en los últimos tiempos de su vida tronchada en flor en esa América. El éxito que ahí empezó á alcanzar, el premio que ahí se le otorgó, voces de aliento y de salud que de ahí le venían, todo ello eran aguijones á su musa para que volara más alto. Fué teniendo presente á América como empezó á elevar el tono de sus composiciones. Para revolotear aquí, en estas tierras de Castilla y de Extremadura, entre las pardas onduladas cuecetas, á la vista del nido, le bastaba el vuelo corto y rápido de la codorniz, pero para cruzar el Océano necesitaba vuelo más alto y más sostenido. Y yo creo que el anhelo de volar más alto y más largo y el ahínco de lograrlo acaba por ensanchar y robustecer las alas.

Conoció á Medina en Cartagena, donde vivía ganándose la vida como tenedor de libros de un comercio, y os aseguro que jamás conocí hombre de alma más transparente y limpia, de corazón más sencillo y noble. Quedé tan encantado del hombre como encantado iba del poeta.

Y este hombre y este poeta, todo corazón y sencillez, tiene que emigrar de su madre patria cuyo tesoro espiritual ha enriquecido con cantos imperecederos.

Y es porque Medina, aunque alguna vez se haya sentido rebelde, no ha sabido—¡feliz ignorancia!—luchar como aquí es preciso hacerlo. Ha vivido lejos de los cotarros de Madrid, lejos de esos horrendos cotarros donde se fraguan las más delezna-bles reputaciones y donde se aprende á vivir sin hacer cosa de provecho. Ha vivido lejos de la feria de las vanidades y las envidias.

También yo vivo lejos de ella, es cierto, y no puedo quejarme. Pero es que yo pude estudiar y acabar una carrera á la edad en que Medina servía á su patria, como soldado, en Filipinas, y yo pude ganar una cátedra que sin gran trabajo me asegurara de la penuria dejándome tiempo libre. Y además yo soy un vasco y los vascos llevamos, según dice un amigo mío, un zorro dentro. Si no me lo tomaran á jactancias yo diría que no meigo llevarlo. Y me doy por muy honrado con ello. Porque el zorro es un sujeto estimable y noble, á quien calumnian las estúpidas gallinas y el fá-tuo del gallo que se cree que el sol sale nada más que para oírle cantar. Y como algún día he de escribir el elogio del zorro, dejo ahora aquí el tema.

Esta emigración de Medina á América es algo á la vez que melancólico, consolador. Y es, sobre todo, algo muy significativo y tal vez profético.

Hasta ahora apenas emigraban á América, con raras excepciones, si no braceros, trabajadores manuales, gentes que empezaban á vivir, algún que otro desesperado, muy pocos ambiciosos de verdad, y tal cual aventurero. Empieza á irse otra gente. El contagio va ganando á aquellos que se mostraban más apegados al terruño.

Es que yo, por ejemplo, ¿no he emigrado, por mi parte? Desde hace más de un año, casí todo lo que escribo es para América, y de esto que para América escribo casi todo es para LA NACIÓN. Fuera de ello me atengo á preparar mis futuros libros. (Antes de un mes lanzaré al público mis «Recuerdos de niñez y mocedad», os lo anuncio). Y no es sólo buscando mayor provecho, aunque esto entre como parte, no; es también buscando más libertad.

Y esta emigración, ya en cuerpo, ya en espíritu, la creo provechosísima para nosotros. Y la creo provechosísima por la razón que ya he dado, y es que para volar tan lejos tendremos que levantar el vuelo, ensanchar y robustecer las alas.

Un escritor ensancha sus propósitos á medida que su público se ensancha. Nuestra fe en nosotros mismos crece á proporción en que aumenta el número de aquellos que en nosotros creen. Uno de los peores azotes de la literatura española contemporánea es que la mayoría de sus gallos no cantan más que para el corral en que nacieron. Ser consagrado en Madrid es para los más de ellos el coímo del triunfo. Y así es que apenas saben hablar sino de las cosas de España, y aun menos que de España, y de un modo que á nadie puede interesar fuera de ella.

Cualquiera puede observar que en cuanto á un autor se le traduce á idiomas extranjeros empieza, dese ó no cuenta de ello, á cambiar de tono y de alcance. Escribe ya, más ó menos, en vista de la traducción.

Lo he dicho mil veces y lo repito: lo que á nuestros jóvenes literatos les falta es ambición. Los que más ambiciosos parecen no lo son más que en apariencia; sus aspiraciones suelen ser modestísimas. Hablan de la gloria, pero piensan en lo que tal ó cual periódico paga y á lo sumo sueñan en el renombre. Hay pocas almas «cárnicas» entre nosotros. Y en cuanto surge alguno real y verdaderamente ambicioso, al punto cobra fama de soberbio. Lo sé muy bien.

¿Qué efecto producirá esa América en la alondra murciana? ¿Cómo entrará esa tierra y esa vida en el alma de Vicente Medina como alma de verdadero poeta, toda ella receptividad?

Esta correspondencia es un desahogo en parte—como casi todas las mías—es un saludo de despedida, es también una recomendación. Una recomendación, sí, que os la presento, lectores argentinos, porque nadie me la ha pedido y porque el buen Medina ni sospecha siquiera que se la vaya á dar. ¡Tantas se me piden, las más de ellas sin justificante alguno, tantas se me piden y á tantas he tenido que hurtarme, que creo de justicia dar ésta sin que me la pida nadie!

Hace ya ocho años, á la vista del sereno Mediterráneo, en Cartagena, estreché la mano de Vicente Medina y sentí el calor de ella mezclado al calor de la mía, como se mezclaron ecos de poesías mías—entonces empezaba á hacerlas—á ecos de las suyas. Y ahora, á través del vasto Atlántico, llevando la mano espiritual y le digo: ¡poeta, que esas ansias de renovación que te han llevado al nuevo mundo sean satisfechas y, que un día, renovado ya, puedas volver á que al fin abrigo para siempre á tu cuerpo tu tierra, tu tierra del alma!

MIGUEL DE UNAMUNO.

Autob

Autob

Autob

